

—¡Salvad á mi padre!

—¿Dónde está?

—¡Allí!... ¡Oh! ¡venid, venid!...

Trémula, acongojada, se abalanzó á una puerta embutida en la pared, que no habia visto fray Benigno.

Entraron en un gabinete.

Todo revelaba en él un desórden espantoso y señales evidentes de una reñida lucha.

—Los muebles yacian por tierra, las ropas de la cama rasgadas, y arrojado en ella el cadáver de un hombre, tibio, palpitante aun.

—¡Padre mio!... ¡padre mio!... gritó la niña desesperada abrazándose á él con toda la fuerza de su inmensa ternura.

Desahogóse en amarguísimo llanto. Mientras el religioso inspeccionó todo con mucha calma, vió sobre la mesita de noche un vaso vacío; pero tenia aun algunas gotas del líquido que habia contenido.

Allí estaba tambien un frasco medio lleno del mismo horrible brebaje.

—Este es un veneno que produce la muerte instantáneamente, murmuró el religioso reconociéndole.

Vertió algunas gotas en un pañuelo, luego se acercó al cadáver y comparó las manchas que dejaron en el lienzo con las que tenia en la pechera de la camisa.

—¡Idénticas! exclamó; este infeliz ha muerto envenenado.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! sollozaba la niña.

—¿Conoces, hija mia, á los asesinos de tu padre?

—No, señor.

—¿Cuántos eran?

—Dos; el uno llevaba el rostro cubierto con un antifaz, el otro era un hombre pequeño, escuálido, con una espresion de ferocidad tan marcada en su rostro, que causaba repugnancia. Es la primera vez que le he visto y ha sido á través de aquellas vidrieras; mas sin embargo, su cínica fisonomía ha quedado tan grabada en mi mente, que no se borrará aunque pasáran cien años.

La jóven se detuvo para enjugarse las lágrimas que corrian por sus mejillas.

—Prosigue, hija mia, dijo el religioso; los asesinos han escapado ya y creo estamos enteramente solos.

—Pues no debieron oír mis gritos; yo ví que intentaban matar á mi padre, y corrí al balcon sin que ellos me sintieran. ¡Infames! ¿En qué les habria ofendido, cuando era un modelo de nobleza, de generosidad?....

—Mucho debian odiarle, cuando le han obligado á beber ese líquido que le ha hecho cadáver en un momento

Aquí la congoja de la huérfana volvió á renovarse, fray Benigno la hizo salir á la otra habitacion, apartándola de un cuadro tan desgarrador.

—¿No hay gente en esta casa? la preguntó.

—Casi todos los criados han sido atacados del cólera al mismo tiempo que mi padre; los demás han huido, dejándonos solos á mi tío y á mí, con el enfermo.

—¿Y dónde está tu tío?

—No lo sé. Estaba fatigado y quizá descanse; ¡ay, padre querido, cómo todos te han dejado solo con los asesinos!.... ¡padre querido!....

Los sollozos embargaron de nuevo la voz de la infeliz criatura.

No siendo suficientes las consoladoras palabras de fray Benigno para calmar un dolor tan acerbo, la dejó sola, medio exánime, en un sillón y volvió al gabinete, buscando por él una salida para registrar la casa.

La recorrió de arriba á bajo; estaba desierta.

En el comedor encontró el cadáver de una muger que, segun las señales, habia muerto del cólera. En otra pieza estaban los cadáveres de dos criados, víctimas sin duda de la misma terrible enfermedad.

Las demás personas de la servidumbre, por el desórden que se observaba en los armarios y guardaropas, debieron huir de una casa donde la mortífera plaga se habia ensañado tan cruelmente, llevándose entre las uñas, como vulgarmente se dice, los objetos de mas valor y de mas fácil trasporte.

En aquel día fatal cometiéronse todo género de excesos, quedando impunes, porque el terror era general y toda persona sensata solo pensaba en prepararse á morir.

CAPÍTULO II.

El cólera.



MUCHOS crímenes como el que acabamos de pintar pudieron perpetrarse en Madrid el aciago día 17 de Julio de 1834!....

Los ánimos abatidos, atribulados por la homicida plaga que no dejó una familia donde no hiciese víctimas. Exacerbadas las pasiones, los odios, las venganzas, las miras de sórdido interés, con la eminente probabilidad de ser satisfechas sin el temor de que el hacha justiciera cayese sobre el delincuente, porque en momento de tanta tribulacion, de tanta agonía, cuando caian heridos como el rayo los gefes, las autoridades, ¿cómo habian de cuidarse de evitar aquellos escesos, si no tenian fuerza moral, y únicamente procuraban aplacar el mal y llorar las desgracias que por do quiera les rodeaban?....

Hasta muchas horas despues del tumultuoso desórden de las turbas no se tomaron medidas enérgicas, y en aquellas horas de li-

bertad acontecieron los sucesos que llevamos referidos y los que nos quedan por referir.

Muchas casas se cerraron por haber muerto todos los individuos de la familia. Sin exámen, sin honras ningunas hacinábanse los cadáveres y eran conducidos al cementerio.

En la calle del Rosario, frente á las tapias del convento de San Francisco el Grande, habitaba en una magnífica casa el opulento americano D. Jorge Lopez Mendoza, marqués de Blancarosa, con su única hija, Alejandrina, niña de doce años escasos, dotada de una hermosura extraordinaria y de un carácter noble y bondadoso, pero independiente y altivo en demasía.

El cólera se aposentó desde muy temprano en la casa; en poquísimas horas murieron cinco ó seis personas de la servidumbre. El marqués fué atacado súbitamente y nadie se acercó á prestarle los auxilios necesarios, solamente su primo D. Alvaro Perez se instaló á la cabecera del lecho, cuidando mas de que hiciese las disposiciones testamentarias, que de los medios para procurar su curacion.

Se dió tal maña, que consiguió le dejase nombrado tutor de la tierna Alejandrina y heredero universal de su título y bienes en caso de que falleciese tambien la tierna niña.

Ésta, acongojada y temblorosa, sin valor para ver tantos estragos, hallábase en su cuarto, ignorante del riesgo que corria la preciosa vida del marqués y creyéndole salvado, segun su tio la hizo creer, obligándola á permanecer en su habitacion.

La pobre inocente, confiando en el cielo de su tio D. Alvaro, cedió sin esfuerzo á sus instancias y se retiró á descansar. Cuando apenas habia dormido una hora, creyó escuchar un grito ahogado que salia de la alcoba de su padre. Lanzóse como un rayo á la puerta de comunicacion, estaba asegurada por dentro, vió sin embargo por una vidriera que dos hombres le obligaban á beber un líquido rojo, que pusieron en un vaso, amenazándole con un puñal si no lo apuraba.

Alejandrina entonces corrió al balcon de su cuarto y gritó «¡sorcero!» sin que nadie acudiera en su auxilio, ni notasen aquel incidente en un instante en que las turbas asaltaban el convento, ase-

sinando cruelmente á los infelices religiosos. Oyóle sin embargo fray Benigno, y ya saben nuestros lectores lo que pasó despues. No evitó la muerte del padre; pero sí llegó á tiempo de salvar á la hija.

La dejó como sabemos en su habitacion y se internó con sigiloso paso por lo interior de la casa.

Al llegar á una salita del piso bajo que comunicaba con el jardin, oyó el ceceo de dos personas que hablaban con sigilo. Detúvose: una de aquellas voces le era muy conocida, por cuya razon escuchó con asombro la conversacion que transcribimos.

— ¡Cómo se ha resistido! ¡Diablo de hombre! ¿ha visto V.? Y eso que estaba moribundo.

— Yo llegué á figurarme no recelaria nada, y se lo presenté desde luego como un medicamento recetado por el facultativo; pero era muy sagaz; debió conocerlo en mi turbacion, ó el instinto de su corazon le advirtió el peligro; ello es que se negó resueltamente á tomarlo.

— ¿Y si no me hubiera presentado tan á tiempo, abandona V. la empresa?

— Quizá.

— ¡Cobarde! Bien se conoce la ignorancia de V. en esos lances. Yo tengo que verme esta noche en uno muy árduo, y confío salir airoso.

— Usted es el espíritu del mal; se pinta solo para hacer daño.

— ¡Oh! y sobre todo cuando redundo en provecho mio, lo hago á las mil maravillas, no titubeo, no, ni me tiembla la mano.

El que esto dijo tenia una vocecita atiplada y chillona; era la que fray Benigno reconoció enseguida.

— Es V. digno de su nombre, D. Severo, contestó el otro; ¿y qué nuevas víctimas tenemos esta noche además de mi sobrina?

— Los chicos de Alvarez Leal.

— Han quedado solos esos niños; pero ¡qué funesto cólera! ¡Cuántos estragos!... Esta mañana eran diez individuos de la familia, y en este momento solo quedan esas dos criaturas.

— Que perecerán en breve, porque soy su tutor; tienen rique-

zas inmensas y me conviene disfrutarlas á mis anchas: caso idéntico al de V. con su sobrina.

—Aquí hay una cosa mas á mi favor.

—¿Cuál es, amigo mio?

—Que soy su legítimo heredero, y en falleciendo ella, tomo posesion del titulo y bienes de la casa, sin que nadie pueda disputármelo.

—Ni castigarle; porque no hay asomo de sospecha de semejante crimen. Mañana se dirá por Madrid que toda la familia del marqués de Blancarosa ha muerto del cólera. Los cadáveres son llevados al cementerio sin reconocimiento alguno y V. queda rico y feliz.

—Ese ha sido siempre mi mayor deseo; empero no dejo de sentir la necesidad que tengo de sacrificar esa pobre niña á mis proyectos ambiciosos.

—¡Y tiene V. escrúpulos!.... ¡ja!.... ¡ja!.... ¡qué pobre hombre!....

El tono y la sarcástica risa del de la voz chillona hizo resentir á su compañero, que contestó con presteza:

—¡Oh! escrúpulos no; cierta conmiseracion nacida de mi honradez; mas no me hará vacilar, estoy resuelto.

—¿Y qué haremos?

—Repetir la escena si es necesario.

—La violencia es la última arma de que se debe echar mano. Dejaremos sobre una mesa el vaso; queda encerrada en el gabinete de tocador, donde, aunque grité, nadie puede oirla, y cuando volvamos, si no lo ha tomado de grado, se la hace tomar por fuerza. Y mañana tempranito van todos reunidos al cementerio.

—No quisiera salir de aquí hasta dejar el negocio concluido, ¿le hago á V. falta?

—Mucha, D. Alvaro; necesito la cooperacion de V. para una empresa idéntica á la que hemos llevado á cabo. Le he prestado ayuda, y reclamo la de V.

—Corriente: no hay mas que hablar; iré.

—Pues manos á la obra.

Crugieron las sillas como si se levantasen; fray Benigno se retiró prudentemente, indignado al ver tanta maldad y unos corazones tan perversos.

No pudo menos de esclamar en su interior:

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... ¡qué infamia! ¡Y esos hombres con capa de virtud viven en el mundo respetados! y ellos mismos hablan de honradez, ¡qué horrible sarcasmo!....

El aspecto fúnebre de la casa del marqués era imponente. Un silencio sepulcral reinaba en aquellos salones oscuros y sombríos, formando notable contraste con la algazara y desaforados gritos que se percibían en el convento de San Francisco el Grande.

Los pasos de los dos malvados resonaban en el marmóreo pavimento con eco aterrador; fray Benigno se deslizaba tras ellos como una sombra, evitando con el mayor cuidado que le descubrieran.

Pálida, angustiada y temblorosa se hallaba Alejandrina, medio caída en un diván colocado frente á la puerta de entrada é inmediato al gabinete de tocador.

—Cúbrase V. el rostro, dijo fray Severo á su amigo antes de llegar al punto de su partida.

Nuestros lectores habrán reconocido en este maligno personaje al lego de escuálida y antipática figura que en San Francisco se salvó del furor de los amotinados descolgándose por las tapias de la huerta, dejando solo en el árbol á fray Benigno.

Apenas se vió en la calle, corrió á buscar á su amigo y compañero de aventuras D. Alvaro, que habitaba la casa contigua á la del marqués de Blancarosa.

Aquel tenía un arpía por muger, digna en un todo de su caro esposo. Tres niños pequeños jugaban á su alrededor, cuando se presentó en la estancia fray Severo trémulo, asustado, en mangas de camisa y corriendo como un loco.

—¿Usted por aquí? le dijo al verle la esposa de D. Alvaro.

—Permítame descansar; estoy rendido.

Se repantigó sin ceremonia en un sillón.

—¡Cuánto me alegro se haya salvado de las garras de esos des-

almados que han asaltado el convento cual una banda de facinerosos se apodera de una rica presa!....

—¡Ah! ¡por fortuna estoy libre!.... Vengo huyendo;.... hice girones la sotana, formando de ella una cuerda, y gracias á este recurso, he podido descolgarme por la tapia de la huerta, y aquí me tiene V., señora mia, demandando á su generosa amistad un asilo, hasta que sofocado ese espantoso motin, pueda buscar cómodo alojamiento.

—Está V. en su casa, amigo mio; ya sabe que con entera libertad puede disponer de nuestros recursos, nuestra amistad y nuestra influencia.

—¡Ah! ¡mil gracias!.... no esperaba menos de la digna esposa de mi amigo Alvaro Perez; y á propósito: ¿dónde se encuentra?

—Aquí al lado.

—¿Puedo verle? supongo será en casa del marqués.

—Sí, señor; como para V. no tiene secretos, no hay inconveniente en que pueda pasar, quizá su presencia le sea útil.

—¡Vamos! ¡ya!.... comprendo; no me diga V. mas.

Cierta sonrisa de mal agüero demostró que el religioso estaba enterado de los ambiciosos proyectos de su amigo.

—Entre V. por la puerta secreta; aquí está la llave, dijo la señora presentándosela.

—Bien; ¿y cómo está el marqués?

—El pobre habrá muerto ya; estaba espirando; no queda nadie de esa familia.

—¿Y V. no ha tenido víctimas en la suya?

—No, hasta este momento; solo un criado; lo cual es una escepcion bien rara por cierto.

—Seguramente; corte V. toda comunicacion con los coléricos y acaso se libre; porque la aprension influye mucho.

—Así lo hago, y por otra parte, no soy muy aprensiva; en el estado precario en que me encuentro, sujeta al mezquino sueldo de mi marido, me importa poco la vida, ¡si fuera rica! ¡oh!.... entonces sería otra cosa.

—¡Ya lo será V.!.... ¡demos tiempo al tiempo!....

Pocas palabras mas mediaron entre ellos; D. Severo buscó á su amigo y entre los dos consumaron el crimen, preparándose á continuar su proyecto. Sumamente previsores, se cubrieron el rostro con antifaz, con la idea de que la víctima al reconocerles no gritase pronunciando su nombre.

Alejandrina no se apercibió de su presencia hasta que los tuvo delante; quiso dar un grito, pero la tranquilizó un espresivo signo de fray Benigno, que cruzó al mismo tiempo por delante de la entornada puerta, recatándose de los malvados.

—El contenido de este vaso está destinado para tí; es indispensable lo bebas antes de la noche si quieres librarte de la plaga que ha invadido la poblacion.

Fray Severo, al decir esto con una entonacion áspera y desaparecible, puso el vaso sobre una mesa en el gabinete de tocador que Alejandrina tenia á su derecha.

—¡Antes que beberlo, me arrojaré por el balcon! gritó asustada la niña al reconocer en el fraile á uno de los asesinos de su padre.

No pudo pronunciar otra palabra, D. Alvaro la cogió por la cintura, y levantándola en alto como si fuera una muñeca, la entró en el gabinete, cerrando la puerta por fuera y diciéndola al mismo tiempo:

—¡Ahí no tienes balcon por donde arrojarte, y si te asomas á la reja que dá al patio, no verás á nadie, ni aunque grites conseguirás que te oigan, pues la casa está desierta por disposicion de tu señor tio.

—Tú eres mi tio; ¡infame! tú, que has asesinado á mi padre, gritó trémula de coraje Alejandrina al conocer la voz de D. Alvaro.

—Me ha conocido, murmuró éste con cierto temor.

—¿Y qué importa? contestó fray Severo.

—No me conviene que grite, acabemos de una vez, ¿á qué dejarlo para luego?

Fray Benigno, palpitante de emocion, aguardaba con viva ansiedad el desenlace de aquella escena. Habia cogido una pistola en

el cuarto del marqués, estando dispuesto á impedir la consumacion de su crimen.

—Esa pobre niña no tiene reflexion y se pierde, murmuró con angustia el buen religioso.

En aquel instante y como si quisiera desmentir su pensamiento, resonó al otro lado de la puerta la voz infantil de Alejandrina.

—¿Si bebo lo que tiene el vaso, pregunto, me sacarás de aquí esta noche?

—En seguida; te llevaremos á la quinta, contestó el fraile.

—Bien, dejadme pues, y volved luego.

—Esta niña es muy inocente ó muy diestra y nos engaña, ¿qué hacemos? dijo fray Severo en voz baja.

—Marcharnos y volver despues; aquí está segura, no tiene escape por ninguna parte; además, haré á mi muger que esté al cuidado, y si grita, la despachará; para esto es mas resuelta que yo.

—Entonces vamos á prevenirla.

Apenas se hubieron alejado, fray Benigno abrió la puerta del gabinete.

—Sal, hija mia, esclamó con viveza; no hay minuto que perder si queremos salir con vida de esta casa.

—Sí, padre mio; huyamos por el jardin; venga V.

—Es preciso recojas algunos papeles importantes: ¿dónde los guarda tu padre?

—En esta papelera, dijo la jóven conduciéndole al cuarto del marqués; guárdelos V., mientras le doy el último beso.

Fray Benigno con la rapidez del pensamiento hizo un paquete de los papeles, alhajas y dinero que encontró en los cajones; luego entró en el guardaropas, se quitó el hábito de religioso que llevaba, disfrazándose, para no ser conocido, con un traje de camino. Se caló un sombrero de anchas alas, y dando el brazo á la asustada niña, deslizaronse como sombras por las habitaciones hasta llegar al jardin.

—¿Y la llave de la puertecilla?

—Está casi siempre en el cuarto del jardinero; espéreme V.,

pronto la encontraré, dijo Alejandrina desapareciendo con ligereza.

En efecto, poco despues estaban en salvo.

Cinco minutos hacía que habian desaparecido, cuando resonó un grito en el interior de la casa.

Era la muger de D. Alvaro que la recorria furiosa buscando á la niña por todos los rincones, y no encontrándola, murmuraba colérica:

—¡Se ha escapado!.... ¡ah! ¡tiemblo de furor! ¡y se lleva mi corona de marquesa!.... el imbécil de Alvaro, ¡cobarde!.... cobarde..... yo que tanto anhelo ser rica, ocupar una posicion elevada, nunca lo conseguiré.....

Se habia detenido pensativa delante de un espejo; al mirarse en él, exclamó en otro tono:

—Por fortuna soy bastante hermosa y no me faltarán conquistas; ninguno resiste á mis atractivos, solo ese necio, por eso le odiaba tanto; pero ha pagado su desden con la vida.

Diciendo esto, señalaba el cadáver del marqués, que medio envuelto entre las sábanas de batista, asomaba por un lado su lívido rostro.

Entre tanto fray Benigno y Alejandrina corrian aceleradamente por las calles de Madrid; llegaron á la de Embajadores; muy cerca del portillo detuviéronse ante una casa pequeña de humilde y pobre aspecto.

Una muger anciana salió á recibirlos espresando en su semblante la mas viva satisfaccion al ver sano y salvo al buen religioso.

—Deje V. las exclamaciones, mi buena amiga, y ocúltenos en un rincon de su casa, porque venimos huyendo y peligra nuestra vida.

—Con mil amores; vengan Vds. por aquí; por este pasillo iremos á la sala del huerto, que es la mas retirada.

—En cualquier parte; aunque sea en un desvan; pero antes hágame V. el obsequio de ver si alguien nos sigue.

La anciana señora salió á la calle.

—Ni un alma, dijo, todo el populacho está entregado al saqueo

y al pillaje en los conventos. ¡Ha visto V., padre mio, qué sacrilegio!... ¡qué horrible profanacion! Yo estoy aterrada: temiamos por la vida de V., y han ido á buscarle para protegerle en caso necesario mi marido y mis hijos. En fin, ya le tenemos aquí fuera de peligro. ¡Sea Dios bendito!

—Y alabado por siempre, señora Marciana, por siempre.

—¿Y esta señorita? preguntó la vieja.

—Es mi protegida, se la entrego á V. para que la cuide, porque está enferma de cuerpo y de alma; ha padecido graves desgracias.

—¡Pobrecita! afortunadamente tengo una cama preparada; la haré acostar enseguida y la daré unas tazas de tila, té ó naranjada, lo que á V. le parezca mejor; ahora como el cólera se mete en todas partes, estamos prevenidos.

—Esta señorita lo que necesita mejor que medicamentos, es descanso, acuéstela V. y nada mas.

En esto habian llegado á la salita donde los instaló la oficiosa Marciana. En un instante arregló los muebles, corrió las cortinas y puso unos jarrones que tenia con flores en la ventana á fin de que no molestase á la señorita el fuerte olor que exhalaban.

Marciana era el tipo de la artesana honrada, hacendosa y limpia. Su alma, buena y noble por escelencia, profesaba una gratitud ardientísima á fray Benigno, porque en una ocasion, no solo salvó á su marido de la muerte, sino que le hizo entrar en el sendero de la virtud. Teníala abandonada en la mayor miseria con tres ó cuatro hijos, hasta el punto de tener que implorar la caridad pública para mantenerlos, mientras su marido, que ganaba un jornal de cuatro pesetas diarias, lo gastaba en las tabernas con sus queridas y compañeros.

Fray Benigno, enterado de la triste posicion de aquella infeliz, la facilitó medios honrosos para sostenerse con decoro, despues buscó al marido, conduciéndole al hogar doméstico á ser testigo de la muerte de su hijo mayor, que parecia por su causa, haciéndole con sus reflexiones y prudentes consejos abandonar las indignas compañías que le llevaron á su perdicion.

Este inmenso beneficio lo tenia siempre presente la agradecida

Marciana, que hubiera dado la vida por salvar la del religioso.

—¡Ea! ya está todo listo, dijo con acento cariñoso; cuando V. quiera, señorita.

Fray Benigno tomó el sombrero que habia dejado al entrar sobre una silla y se preparaba á salir.

—¿Vá V. á dejarme, padre mio? le preguntó la niña.

—Quisiera salir; voy á ver si puedo salvar á los infelices huérfanos de Alvarez Leal.

—¿Y el peligro que V. corre? ¡si le conocen esos miserables, le asesinan sin remedio!.... añadió Marciana.

—Nada me importa el riesgo mio si consigo libertar á dos niños inocentes.

Alejandrina inclinó la cabeza y dejó correr por sus mejillas dos lágrimas silenciosas; su actitud era la del mas profundo dolor.

—¿Lloras, hija mia? ¿qué tienes? la preguntó con interés el joven sacerdote.

—No quisiera separarme de V.

—¡Es indispensable!.... yo partiré mañana al amanecer; ya de antemano tenia dispuesto mi viaje. Te dejaré en casa de algun pariente que te defienda y arranque la máscara á ese tio indigno.

—No tengo ninguno.

—¿Ni amigos?

—Tampoco; mi padre era americano; hace poco vinimos á esta tierra, donde nos ha perseguido la desgracia de una manera cruel.

—¿Luego tú dónde has nacido?

—Muy léjos; en el Brasil.

—¡Mas allá iré yo! voy á la India. Soy misionero y parto á convertir á los infieles en aquellos países salvajes.

—¡Qué felicidad! acompañaré á V.; allí tengo amigos, parientes, y sobre todo riquezas inmensas; así no nos separaremos, será V. siempre mi padre, mi generoso protector.

—¡Es imposible! son muchos los peligros que voy á correr, esponiendo mil veces mi vida, para que tú los compartas.

—¿Y tendrá V. valor para dejarme en Madrid sola, desamparada, en poder de mis enemigos, cuando al otro lado de los mares está

mi patria y mi felicidad? Entonces de nada sirve haberme salvado la vida, aquí en mi casa me aguarda la muerte, el odio de mi tío; en otra parte la miseria, la desesperacion, la horfandad.... dejadme pues, y volveré otra vez al lado de D. Alvaro, no me queda otro recurso que ponerme á su disposicion.

Al decir esto, la triste niña redobló su llanto, dejándose caer acongojada en un sofá.

Marciana la contemplaba con sorpresa sin atreverse á desplegar los lábios.

Fray Benigno, conmovido y tomando en aquel momento una resolucion suprema, exclamó:

—Bien, me seguirás; acepto con reconocimiento la nueva mision que el Señor me confia, y prometo ser para tí un padre y un protector leal.

El rostro del religioso se habia revestido de una santa auréola. Sus ojos y sus manos se elevaron al cielo como para pedir al Señor fuerza para cumplir su noble propósito.

Alejandrina, loca de alegria, se arrodilló á sus piés exclamando:

—¡Ah! ¡mil gracias!.... ya no temo los peligros. ¡Bendígame V. al adoptarme por hija!.... ¡ay! á su lado está la felicidad.

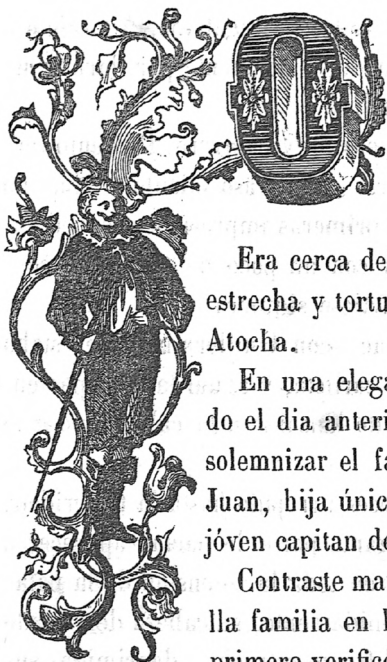
—Está la gloria, hija mia, añadió Marciana, porque fray Benigno es un santo.

Las manos del misionero cayeron sobre la cabeza de la jóven, mientras sus ojos aun permanecian clavados en el cielo.



CAPITULO III.

Infortunio.



TRA escena no menos cruel y desgarradora que las referidas tenia lugar en un barrio céntrico de la corte y á la misma hora poco mas ó menos.

Era cerca del convento de Santo Tomás en una estrecha y tortuosa calle que tenia salida á la de Atocha.

En una elegante y lujosa casa habíase celebrado el dia anterior una gran fiesta con objeto de solemnizar el fausto enlace de Guillermina San Juan, hija única de los señores de la casa, con el jóven capitán de caballería D. Lúcas de Mendoza.

Contraste marcadísimo y aterrador ofrecia aquella familia en los dias 16 y 17 de Julio. En el primero verificóse con gran aparato el matrimonio de los jóvenes, celebrándose despues con la alegría natural en semejantes casos.

Por la noche hubo baile: los magníficos salones, espléndidamente decorados, recogieron en su círculo toda la aristocracia cor-

tesana. Cien bellezas lucieron allí sus atractivos, contribuyendo á hacer mas amena la fiesta la amabilidad y el buen tono que caracterizaba á los Sres. de San Juan y á su linda hija.

La mas franca y alegre cordialidad reinó toda la noche, viendo los circunstantes con sentimiento lucir la aurora del terrible 17 de Julio.

Nada ocurrió sin embargo de particular en las primeras horas de la madrugada. La concurrencia se retiró con bulliciosa algazara, deseando á los recién casados toda clase de felicidades.

Poco despues la familia, los novios y los criados entregáronse muy tranquilos al descanso tan necesario tras una noche de festin, muy agenos en verdad de imaginarse que al despertar solo encontrarían en torno suyo la desolacion y la muerte.

El Sr. de San Juan y su esposa eran dos ancianos de nobilísima estirpe, llenos de riquezas y de elevadas prerogativas. Adoraban á su angelical Guillermina, consintiendo, únicamente por darla gusto, en su enlace con Lúcas de Mendoza.

Era éste un jóven rico, noble, pero muy calavera. De genio impetuoso y altivo, arrebatado á veces, con escaso talento y ninguna penetracion. Dejábase llevar de las primeras impresiones, sucediendo con frecuencia que sus amigos con un poco de sagacidad conducíanle al abismo sin que lo advirtiese siquiera.

El dia en que se efectuó su enlace con Guillermina, ya estaba comprometido en una conspiracion carlista, y aguardaba impaciente la señal para en un momento dado lanzarse á la calle como gefe de una partida de revoltosos.

No carecia de valor, siendo á veces arrojado hasta la temeridad. Su estatura alta, marcial, su arrogante porte le hacian aparecer á primera vista como un buen mozo en toda la estension de la palabra. Empero, si se examinaba detenidamente, su cabeza demasiado pequeña para su gran estatura, su frente estrecha, deprimida, sus gruesas y redondas mejillas, sus lábios gruesos, sus ojos pequeños, oscuros, y con cierta espresion picaresca, advertíase en el conjunto de aquella fisonomía un cierto *no sé qué* preventivo desde luego en contra suya.

—Era franco, pero irresoluto; no tenia iniciativa y vacilaba á cada paso en sus determinaciones; mas cuando tomaba alguna resolucion y se veia comprometido, las llevaba adelante con firmeza.

Guillermina era una niña adolescente, sin reflexion, sin esperiencia del mundo; pero impresionable, sensible en grado superior; candorosa y pura como un ángel.

Al lado de su esposo formaba notable contraste su cortísima talla con la elevada y gallarda de él.

Bien dicen que los extremos se tocan; por eso vemos con frecuencia á los hombres altos apasionarse de las mugeres bajas, y las mugeres altas de los hombres pequeños. Anomalías del mundo que no me detendré en analizar.

Prosigamos nuestro relato.

Lúcas de Mendoza solia decir muchas veces á su amada:

—Eres una mugercita en miniatura, que para alcanzar á mi brazo te tienes que subir en una silla.

—En cambio tú pareces la estatua de la arrogancia con esa cabeza siempre erguida, le contestaba ella riendo.

No obstante la discordancia de sus figuras, simpatizaban muy bien y se amaban, no diré con idolatría, pero sí lo bastante para llegar al extremo de jurarse ante el altar un eterno amor, que fué santificado por el sacerdote.

Unieronse, como ya hemos dicho á nuestros lectores, el dia de la Virgen del Cármen; mas la fortuna les fué contraria desde el segundo dia de su matrimonio.

El 47 á las once de la mañana todos gozaban en la casa un sueño delicioso y reparador, que fué interrumpido por un grito de agonía que resonó en la alcoba del padre de Guillermina.

Una campanilla convulsivamente agitada por una mano febril puso en movimiento á toda la servidumbre. Instantes despues agrupábanse al rededor del lecho del anciano. Habia sido atacado del cólera, y en menos de dos horas hizo tal estrago en su débil naturaleza, que cuando su hija se levantó y fué á informarse de lo que ocurría, le encontró cadáver.

Súbitamente fueron acometidos de la misma enfermedad su esposa y varios criados de la casa.

Para colmo de desdichas, cuando Guillermina, abatida y triste, se hallaba compartiendo sus cuidados entre su querida madre y los enfermos de mayor peligro, varios amigos de Lúcas se presentaron en el salon.

Como los dos ancianos esposos fueron acometidos casi á un tiempo y dormian en una alcoba, sacaron la cama de la señora á un lado del salon por evitar que presenciase la agonía de su marido, y no pudiendo por otra parte, á causa de su estado, trasladarla á una habitacion mas lejana.

Cerca del balcon habia un velador; Lúcas se hallaba ante él preparando unos medicamentos para la enferma, cuando entraron sus amigos, sin haberse anunciado porque la revolucion de la casa no permitia formalidad de ningun género.

—La hora ha llegado, dijeron á Lúcas; síguenos, porque la patria pide nuestras vidas.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó con espanto.

—¿Retrocedes ante el peligro?....

—¡Oh! no; lo que me aterra son las circunstancias en que me coje, añadió señalando con angustia el cadáver del anciano que se veia á través de las colgaduras y á la agonizante señora que gemia en brazos de su hija.

—¡El deber es antes que todo! murmuró con severidad el mas anciano de los revoltosos, que era un conspirador acérrimo.

—Es verdad; soy militar y ante la inexorable disciplina se humillan todas las afecciones del corazon. Estoy pronto.

Entregó á Guillermina el vaso con la bebida que habia preparado, se entró en su cuarto y salió á poco con el uniforme puesto.

—¿Te vas? exclamó la jóven mirándole con sorpresa.

—Voy, querida mia, á ocupar el puesto que me señala el honor; siento infinito dejarte; pero no puedo prescindir.

—Hay una rebelion en el pueblo, señora, y es preciso fomentarla, haciendo que triunfe nuestro partido, dijo uno de los amigos de

Mendoza, creyendo instruida á su esposa en los secretos de aquel.

—¡Calla! ¡no sabe nada!.... exclamó Lúcas á media voz.

Guillermina se acercó á ellos, los miró atónita, y al escuchar aquellas palabras y el aire misterioso de su marido, lo comprendió todo.

—¿Qué es esto? preguntó; estos caballeros conspiran, segun creo, y tú estás comprometido con ellos.

—No..... es que.....

Su misma vacilacion le denunciaba.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué nuevo dolor! Tú me has engañado, Lúcas, ¡ah! por compasion, dime qué significa esto.

Lúcas callaba: uno de sus amigos se aventuró á decir:

—No se alarme V., señora: su esposo estará pronto de vuelta.

—Es que yo no quiero que salga de aqui; ¿lo oyes, Lúcas? ¿no es verdad que tienes bastante buen sentido para conocer la horrible posicion en que me hallo? ¡tú abandonarme cuando acaba de morir mi padre y yace mi madre en un lecho de agonía!....

—Es preciso; perdóname, querida, si me niego á complacerte, contestó Mendoza, procurando acercarse á la puerta.

Guillermina, revistiéndose por primera vez de una energia extraordinaria, dijo con firmeza:

—¿Me dejas?... ¡abandonas á tu esposa al siguiente dia de nuestro casamiento y en una ocasion tan crítica!....

—¿Y qué quieres?... harto lo siento; pero el deber es antes que todo.

—¡Mentira! no hables de deberes cuando vas á faltar con inaudito descaro.

—¡Guillermina!

—¡Oh! sí, la severidad de tus miradas no me aterrorizan cuando tengo razon.

—Bien, habla; pero suéltame.

—No; quiero decirte antes, que tu deber, mientras la Reina ó tus legítimos jefes no te llamen, es acompañar á tu esposa y rezar ante esos lechos mortuorios.

—¡Déjame, por Dios! repuso Lúcas con cierta acritud; tengo que

ir al cuartel, y me estás haciendo representar un papel bien ridículo.

—No te irás, no, gritó con desesperacion la jóven viéndose dispuesta á seguir á sus compañeros, que se burlaban de su debilidad con un gesto de desprecio.

—Volveré pronto, ¡adios!.... exclamó Mendoza desasiéndose de su esposa, que rompiendo en un amarguísimo sollozo largo tiempo comprimido, le dijo:

—¡Cruel! ¡ingrato! ¡no tienes corazon!....

—Sí; te amo mucho; pero no puedo prescindir de un compromiso sagrado, murmuró Lucas estampando en la frente de la jóven el beso de despedida.

—Que te conduce á la perdicion y á la ruina, contestó ella volviendo á cojerle la mano.

—No lo creas; todo está bien preparado y esta vez la causa que defendemos triunfará indudablemente.

—¿Y qué te prometes, insensato, con ser traidor á tu Reina?

—Una cosa muy sencilla, mando una compañía y deseo mandar un regimiento.

—¡Ambicioso! ¿no te bastan mis riquezas y mi amor?

—Sí; mas estoy comprometido y no puedo abandonar la empresa, ¡adios!....

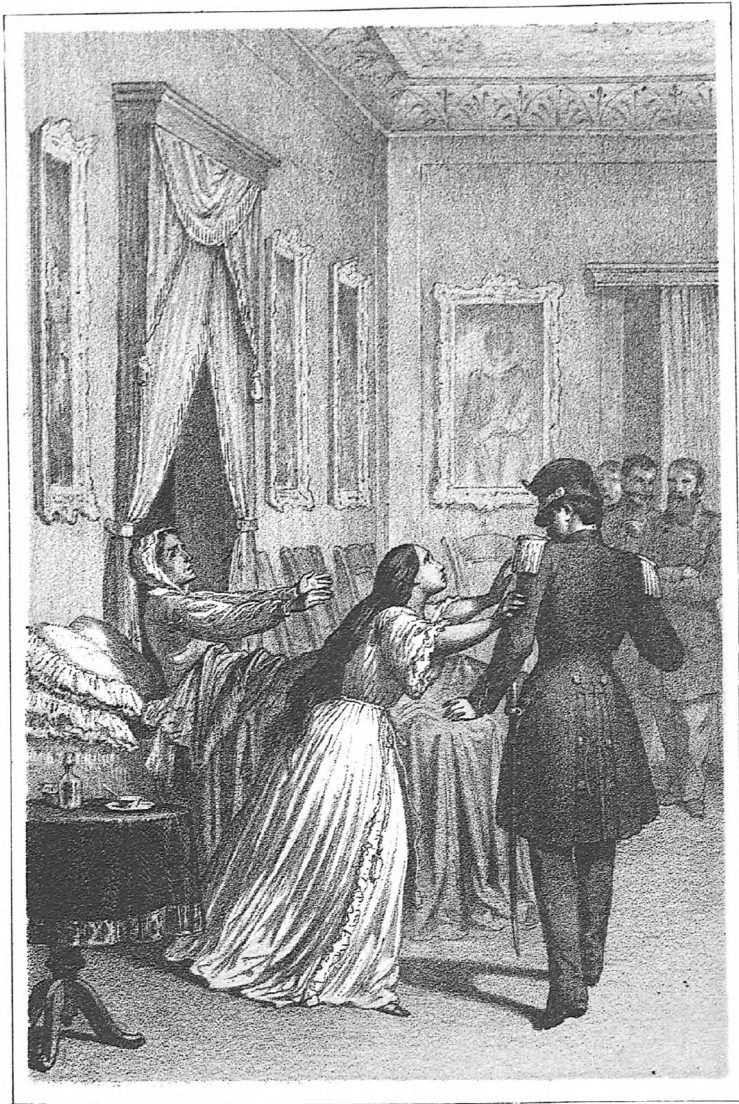
—¡Oh! ¡cruel!.... óyeme..... una palabra mas..... y si fracasa el complot, ¿qué harás?

—Huir al extranjero ó volver á morir en tus brazos.

—Esa es tu suerte, esa; no quieres atender los ruegos de una esposa desolada, y te empeñas en marchar; pero ten entendido que irás al cadalso como traidor á tu patria y á tu Reina.

La desesperacion y el dolor habian convertido en otra muger á la tímida y ruborosa Guillermina. Sentíase inspirada, asombrándose ella misma de su elocuencia, y hubiera convencido desde luego á su esposo haciéndole desistir de su propósito, si sus indignos amigos no le hirieran en el lado mas flaco, en el amor propio.

Una gritería espantosa sintiése en la calle; varios disparos reso-



A 72, 16.

Lit. de J. DUNON.

"No seas traidor á tu Reina, por que te aguarda el cadalso!"